**FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CAMPO**

**Santuario de Rosinos 2017**

 La Fiesta de Nuestra Señora del Campo nos reúne de nuevo en este Santuario a todos sus devotos. Durante los nueve días precedentes habéis venido por pueblos de la comarca de Vidriales a venerar la imagen de la Virgen, a escuchar la Palabra de Dios y a celebrar los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia. ¡Qué el Espíritu Santo infunda en vuestros corazones el deseo de ser mejores y auténticos cristianos!

 Este año renuevo mi presencia entre vosotros en este día para celebrar la eucaristía solemne invitado por vuestro párroco D. Miguel. Vengo como peregrino y devoto de la Virgen para darle gracias por los beneficios que hemos recibido por medio de su intercesión y pedirle su ayuda y consuelo.

 Quiero dar gracias a la Virgen del Campo por el regalo que supone para nuestra diócesis dos nuevos sacerdotes, uno de ellos, D. Fernando, ha compartido con vosotros su experiencia pastoral como diácono. Dos sacerdotes y próximamente un diácono y una nueva vocación que si Dios quiere comenzará los estudios eclesiásticos en nuestro Seminario. ¡Demos gracias a Dios! La Virgen María fue la mejor formadora de Jesús como hombre en el Seminario de Nazaret. A ella encomendamos la obra de las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa de modo que la inmensa mies del campo de la Iglesia tenga los trabajadores suficientes para cultivarla y recogerla.

 Doy gracias a Nuestra Señora por los proyectos pastorales que nuestra diócesis tiene para el futuro. Es necesario salir al encuentro de los hermanos que se han ido o que nunca han estado en la Iglesia para anunciar de nuevo el evangelio y acercarlos a Dios. Esto ha de ser lo prioritario en nuestra actividad misionera. Cada uno en su lugar, en su ámbito. Todos debemos preocuparnos de llevar la salvación de Cristo y la verdad del evangelio a las personas con las que tratamos a diario. ¡Hablemos de Jesús, hablemos del evangelio, hablemos de Dios!

 Vengo como humilde peregrino para pedir a la Nuestra Señora del Campo por los hombres y mujeres del campo. Este año ha sido un año aciago, un año desastroso para las cosechas y para la economía de las familias que viven exclusivamente de los productos de la tierra. Primero fueron las heladas, después la sequía y ahora los incendios que arrasan con toda la flora y la fauna de nuestros campos y bosques. Esta adversa situación provoca en muchas familias una profunda crisis económica, aunque el buen agricultor siempre sabe guardar de un año para otro porque sabe por experiencia que todos los años no son iguales.

 Espero que las autoridades civiles sean sensibles a los problemas de la gente del campo y busquen soluciones estables, solidarias y justas para ayudar a las empresas agrícolas y ganaderas y a las familias que dependen de este sector económico. No olvidemos que los productos que comemos y los majares que ponemos sobre nuestra mesa son fruto de la tierra y del trabajo del hombre. Por eso es necesario cuidar la tierra y cuidar al hombre que trabaja la tierra.

El compromiso por el cuidado de la tierra nace de considerar a la tierra como madre y hermana tal como lo hizo san Francisco de Asís:

(Alabado seas mi Señor) por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!

¿Qué significa desde nuestro punto de vista considerar la tierra como madre y como hermana? Significa que el amor fraterno que el Señor nos mandó practicar también incluye a la hermana tierra. Nuestra relación con el otro es ecológica cuando es una relación de hermano a quien debemos respeto, ayuda y escucha. También a la tierra la debemos respetar, ayudar y escuchar como si de un hermano se tratase. Dios creó todas las cosas buenas y, aunque todo está herido por el pecado del hombre, en Cristo todo lo creado vuelve a su armonía original. Nosotros podemos colaborar con Cristo resucitado para que esa armonía entre los hombres y entre el hombre y la naturaleza sea real.

Al considerar a la tierra hermana nos damos cuenta que no somos dueños de ella, sino administradores de una casa común para lo cual tenemos que ponernos de acuerdo. El amor cívico nos mueve a un amor y respeto a la tierra. Los cristianos debemos colaborar en este cuidado con gestos y actitudes que nos comprometan a no contaminar la tierra con nuestros desperdicios y residuos personales, familiares, empresariales, de ocio etc. Me decía un guardia de seguridad que había acudido a proteger al Papa en la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Santiago de Compostela en el año 1989 que se notaba un ambiente totalmente distinto en la juventud que acudía a ver y escuchar al Papa que la que acudía, por ejemplo, a un concierto de rock donde también había estado como guardia de seguridad. La diferencia la notaba en el respeto que los jóvenes cristianos se tenían entre sí y en la limpieza con la que dejaban los lugares que utilizaban. Esto ya es una forma de vivir la cultura ecológica de la que nos habla el Papa. Esta misma cultura sigue hoy presente entre los jóvenes más comprometidos con la fe cristiana. Esto es lo que siempre hemos llamado educación; pero que hoy está desapareciendo por la falta de respeto a las personas y al medio ambiente.

Confiamos en que el Buen Pastor, por intercesión de su Madre Nuestra Señora del Campo, ponga límite al daño que el hombre pueda hacer a la tierra para que la creación y con la creación la humanidad no sea destruida. Así lo hizo en tiempo de Noé cuando el diluvio inundó la tierra y así lo hace en todo tiempo porque su mano es fuerte y poderosa, capaz de hacer callar al viento y a las olas del mar para que el hombre pueda navegar en paz y recoger la pesca. Con esta misma confianza también pedimos al Señor, por intercesión de su Madre, la Virgen del Campo, que nuestras cosechas no se dañen más a causa de las adversidades meteorológicas o de la irresponsabilidad del hombre.

 † Juan Antonio, obispo de Astorga